

*Jorge Ruffinelli*

## La carrera del crítico de fondo

Veinte años atrás, Carlos Real de Azúa trazó con destreza el retrato de Angel Rama al presentarlo en su *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*: "Atraído igualmente por la literatura y por el cálido, urgido vivir, desde los tiempos de *Clinamen* (1947), Angel Rama impuso en los medios de la nueva generación un estilo personal tejido por la multiplicidad de sus ambiciones creadoras, la laboriosidad casi inverosímil, el dinamismo torrencial, la curiosidad y vastedad de las lecturas, la viva atención por los contactos sociales y humanos que la literatura establece. Pero no es una textura monolítica la de Rama (¿Cómo podría serlo una de su tipo?) y no parecen faltar en él los conflictos, los movimientos pendulares entre el entusiasmo y el reclamo de la estrictez, entre la pasión por la lucha social y la noción exigente de los fueros de la obra de arte, entre el reclamo axiológico espiritual y la horizontal, trepidante hospitalidad a toda experiencia". Y concluyendo un recorrido por la diversidad productiva de Rama, incluído el teatro en el que dejara al menos tres obras (*La inundación*, 1958; *Lucrecia*, 1959; *Queridos amigos*, 1961), la narrativa (*¡Oh, sombra puritana!*, 1951; *Tierra sin mapa*, 1961), la crítica teatral y ante todo la literaria, Real de Azúa se hacía eco de una frase elocuente aparecida alguna vez en el semanario *Marcha*: "Se sospecha que no duerme nunca".

Este retrato (del que he citado sólo un fragmento) se confirmó y amplió en las dos décadas siguientes sin que pudiera nunca desmentirse. Lo que en él faltó fue lo que esas dos décadas aportaron al perfil de Rama: la profundización y el perfeccionamiento de sus concepciones literarias, la experiencia internacional en la que destacó como pocos intelectuales de este siglo y que lo llevó a viajar y conocer de primera mano la realidad social, política y cultural de innumerables países, la amplificación de su

conciencia americanista de la que es ejemplo notable la dirección literaria de la Biblioteca Ayacucho, y la propia obra crítica, aún en gran parte dispersa pero que él mismo había comenzado a recopilar orgánicamente en una serie de libros durante la década del setenta: 1972, *La generación crítica*; 1975, *Salvador Garmendia y la narrativa informalista*; 1976, *Los gauchipolíticos rioplatenses y Los dictadores latinoamericanos*; 1982, *Transculturación narrativa de América Latina y La novela latinoamericana. Panoramas 1920-1980*; 1984, póstumo, *Literatura y clase social y La ciudad letrada*, amén de varias antologías de Arguedas, de primeros cuentos de escritores latinoamericanos, de la nueva narrativa, de Rubén Darío, de la poesía gauchesca, y, claro está, su libro fundamental sobre *Rubén Darío y el modernismo* (1970). Puede afirmarse sin lugar a duda que Angel Rama se encontraba en el ápice de su madurez intelectual, trabajando apasionadamente como siempre, preparado para dar grandes libros sobre la cultura de nuestra América, cuando el accidente aéreo de Barajas, el 26 de noviembre de 1983, clausuró su vida y por ende un itinerario intelectual que no había cumplido aún su ciclo natural.

Pocas veces una muerte habrá de ser tan lamentada. Habitados por visión histórica a ver el sucederse de las generaciones, conscientes de que la vida humana es, como todo ciclo biológico, perecedera, la desaparición de un hombre como Angel Rama resulta un derroche fatal de inteligencia y talento que la historia ni la naturaleza deberían permitirse: su pérdida es ciertamente aciaga para la cultura latinoamericana. Jacques Leenhardt lo dice con términos exactos: "Angel Rama ha muerto, y en el fondo de mi corazón tengo el sentimiento certero de que América Latina ha perdido a uno de sus más preclaros hijos, a uno de sus patriotas, a uno de sus padres fundadores". Si es cierto que la mirada ajena, la mirada *otra* acierta a veces en lo que nuestros ojos acostumbrados no pueden ver o ven borrosamente, hay que subrayar la afirmación de Leenhardt pues no se trata ni de un ditirambo ni de una hipérbole, sino de algo mucho más sencillo e inmediato. Y es que a través de su ejercicio crítico, y en particular de su gran tesón reinterpretaivo de la cultura, Rama nos ha permitido apreciar de modo diferente, original, nuevo, el continente que habitamos y la cultura de que formamos parte. La vinculación que él siempre establecía entre historia, realidad presente y expresión artística, en vez de restringirse a un fenómeno literario, se amplió a la consideración del ser latinoamericano, a esta esencia o modalidad histórica que llamamos con dicho nombre. Esto se transformó en su perspectiva, en su campo operatorio, en su *tema*. Representando él mismo muy ilustrativamente lo que llamaba el modo de producción intelectual latinoamericano (a diferencia del modo de producción intelectual en

Europa o en los Estados Unidos), abrazaba la circunstancia íntegra de la realidad americana en un imponderable esfuerzo y proyecto de pensar otra vez el continente. Es importante volver sobre este punto, porque él señaló como nadie antes una ruta en las antípodas de la especialización que se cultiva en la academia universitaria, y si bien en los últimos años enseñó en diversas universidades norteamericanas (Stanford, Princeton, en especial Maryland), nunca se desligó de esa necesidad por romper las fronteras que los estudiosos de la literatura se imponen a sí mismos, y apeló continuamente el conocimiento plural de la historia, la sociología, la psicología, los estudios del lenguaje y la antropología. Por eso, uno de sus últimos libros. *Transculturación narrativa de América Latina*, no sólo “emplea” las herramientas de la moderna antropología sino que elabora un nuevo sesgo de la crítica, inédito hasta entonces, para comprender ciertos fenómenos literarios localizados (Arguedas, la cultura andina), a través de la epistemología antropológica, sin la cual jamás habría llegado a sus conclusiones originales. Y esto no en virtud de una posible o verdadera multiplicidad de “intereses” intelectuales sino, ante todo, porque su cosmovisión exigía una integración interdisciplinaria, la única que pudiera permitirle una auténtica síntesis conceptual e histórica.

Creo que es a la luz de esta hipótesis donde se perfila con mayor luz el proyecto intelectual de Angel Rama y puedan valorarse mejor los frutos que había empezado a cosechar. Es aquí necesario un poco de historia, para ver, por ejemplo, su salto de la perspectiva nacional y universal, a la perspectiva americana. Como muchos otros intelectuales Rama descubrió en la década del sesenta la necesidad de trabajar la identidad latinoamericana, puso el énfasis en ella pero nunca dejó de ser universal. Coincidió sin duda con Carlos Fuentes cuando éste señalaba: “Nosotros tenemos que conocer a Quetzalcóatl y a Descartes. Los europeos creen que con Descartes es suficiente”. Real de Azúa, admirado por la vastedad de lecturas de Rama, decía en la presentación ya referida: “debe ser Rama, dueño de una sólida nutrición europea, uno de los pocos críticos de lengua española capaz de escribir una página solvente sobre figuras ilustres pero un poco marginadas, del tipo de Apollinaire, Valéry-Larbaud, Bomtempelli o Charles-Louis Phillipe”. No sólo era capaz, lo había ya hecho en las páginas de *Marcha*, cuya sección literaria dirigió admirablemente entre 1958 y 1968, y donde continuó escribiendo hasta la desaparición del semanario, desplegando su eficaz capacidad crítica en artículos cuya índole de “periodismo cultural” no disminuye su valor, su rigor, su erudición, su *savoir écrire*, las más de las veces superior a los serios estudios académicos que le lleva meses preparar al común de

los mortales. Algún día habrá que recoger en libro las mejores de aquellas notas y artículos y así podrá apreciarse el valor de una escritura que fue fundacional para el descubrimiento y valoración de la literatura hispanoamericana.

Precisamente en las páginas de *Marcha*, y desde luego, en muchas revistas del continente americano, Angel Rama se hizo sagaz y veloz pionero de nuestras letras. Aunque su formación fuese europeísta (como lo era por natural carta de ciudadanía, la rioplatense) Rama inició en los comienzos de la década del sesenta la afirmación de la cultura hispanoamericana. Ya se ha dicho más de una vez: el famoso *boom* de la novela no fue un "comienzo", sino que redescubrió obras tan importantes como las de Lezama Lima, Onetti, Marechal, Carpentier y Cortázar y junto a ellas la poderosa cuentística de Borges. Rama, como pocos, comenzó a sistematizar el análisis crítico de toda esta literatura, atendiendo con lucidez interpretativa a su propio presente (Vargas Llosa, García Marquez, Fuentes). Esta lectura americana y americanista estaba imbricada en el fenómeno político más importante en el despertar de nuestra conciencia continental: la Revolución Cubana, y ante todo, para un uruguayo, esto que llamó "La lección intelectual de *Marcha*". No por azar Rama estuvo durante toda esa década a la cabeza de una concepción que vinculaba la expresión literaria con la historia política del continente. Fue consecuente con sus ideas y en este sentido formó parte del consejo de colaboración de *Casa de las Américas*, participó como jurado en concursos de Casa, propuso nuevos géneros como el de testimonio (tal como lo narra en su ensayo sobre Rodolfo Walsh), y si luego sus relaciones con la dirigencia cultural cubana se enfriaron, fue por un indeclinable principio del derecho a la crítica dentro de la revolución y como expresión de la Revolución misma.

Hasta 1968, Rama mantuvo una constante y laboriosa actitud en su propio país, alternándola con numerosos viajes por América Latina. Ya en esos años era un excelente editor: después de dirigir una colección literaria en la recién surgida Alfa, estableció su propia editorial, Arca, en la que comenzó a publicar en los mejores tiempos a un ritmo de dos libros semanales, aparte la "Enciclopedia Uruguaya", todo lo cual resultaba una producción increíble en un país de escasos tres millones de habitantes. Pero en lo personal su actitud era febril si se considera que al mismo tiempo dirigía el Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Universidad del Uruguay, daba allí clases y era además profesor de Historia del Teatro en el Conservatorio y profesor de Literatura General en la Preparatoria, crítico teatral en el diario *Acción*, Jefe de la sección literaria de *Marcha* y director de Arca y Editores Reunidos (Enciclo-

dia). Con observaciones no exentas de humor reconoce esa excesiva actividad en un cálido artículo que da cuenta de su vinculación con *Marcha*. "Por esa época el sistema de muñecas chinas unas dentro de otras que es la norma del trabajo de los intelectuales en los países subdesarrollados, había llegado a su delirio". Más importante es citarlo cuando en el mismo texto se propone definir su papel en la crítica literaria de *Marcha* entre 1958 y 1968:

Si tuviera que caracterizar esos diez años de mi dirección literaria, diría que a diferencia del período que ocupó Rodríguez Monegal haciendo de la sección una sucursal de la revista *Sur* y de su deslumbramiento respecto de las letras anglosajonas, busqué desarrollar una perspectiva cultural latinoamericana, situando a su gran literatura en los marcos sociales e ideológicos que le conferían su fuerza original. Como es sabido, la Historia escribe con nuestra mano y el año 1958 en que ingresé a *Marcha* fue el de la caída de las dictaduras (en Colombia, en Venezuela, poco después del fracaso peronista, poco antes del derrumbe de Batista) y el de una intensa remoción continental en que se inscribirían muchos episodios infaustos pero asimismo una expectativa multitudinaria de renovación a la cual debimos el repentino auge de la narrativa latinoamericana, eso que después pasó a llamarse pobremente el "boom".

el boom  
del boom  
comenzó en  
París en  
1958

Más adelante, en la década del setenta, Rama era ya un viajero impenitente y había accedido a una celebridad internacional gracias a su vibrante participación en los foros literarios y a sus tareas docentes en diversos países latinoamericanos: de alguna manera esto sellaba su alejamiento del país, el cual se hizo definitivo en 1973 cuando el golpe de estado forzó al exilio a quienes habían mantenido posiciones progresistas. Poco después, como muchos otros, Rama vio caducado su pasaporte, prohibida su renovación, e hizo lo que estaba al alcance: aceptar la nacionalidad venezolana. Si las dictaduras nos quieren desterrados y exiliados, fijos, inmóviles en un punto del planeta (ni siquiera la dictadura de Pinochet llegó al grado de la uruguya en el sentido de desproteger a sus ciudadanos desperdigados en el mundo), la réplica adecuada consistía en acogerse a la hospitalidad de los países democráticos y continuar desde allí la tarea de remoción y denuncia. Rama escribió notables ensayos sobre la situación de una cultura exiliada y continuó su tarea docente; en Venezuela fue profesor en la Universidad Central, pero ante todo, co-director de la revista *Escritura* (con Rafael Di Prisco) y director literario y principal impulsor de la Biblioteca Ayacucho, sin duda la empresa más importante de recopilación y publicación de lo mejor del pensamiento y la literatura de América Latina.

Creo que su labor al frente de la Biblioteca Ayacucho, de la que se sentía legítimamente orgulloso, tenía que ver implícita e íntimamente, con su propio proyecto intelectual. Esos años de trabajo sobre el reposi-

torio cultural de nuestra América fueron de un significativo provecho personal por la lectura riquísima de las obras del pasado. No olvidemos (él no lo olvidó nunca) que en nuestros países balcanizados no existe una sola biblioteca que asemeje a la Ayacucho en disponer de *todas* nuestras obras; bien sabido es que las mejores bibliotecas latinoamericanas se encuentran en los Estados Unidos y que la incuria por lo propio es regla común de las instituciones latinoamericanas. Así, los últimos años que Rama vivió en Maryland (aunque residiendo en Washington D.C.) fueron motivados por el magnético atractivo de la Biblioteca del Congreso, donde trabajó apasionadamente en particular durante los dos años de su beca en el Wilson Center del Smithsonian Institute. A diferencia del culto borgiano por las bibliotecas *per se*, el de Rama era absolutamente utilitario: nunca pretendió la erudición pura, que es un solemne vicio de la academia, pero apreciaba como el que más la presencia de una biblioteca rica, suficiente, que le auxiliara en la inmensa tarea.

Quiero insistir en esto último, porque desgraciadamente la muerte le impidió llevarlo a cabo. Rama vislumbraba la necesidad de pensar con cabeza propia, asistido por un profundo conocimiento interdisciplinario de la realidad y la historia de América Latina, la condición misma de esta cultura a través de sus vehículos más nobles, el literario y el artístico. Verdaderamente obsesionado por la tarea, de pronto se sumió en el estudio del mundo novohispano donde se encuentran ciertamente muchas raíces de nuestra identidad cultural. Su tan viva sensibilidad ante la literatura más reciente y fresca, su apoyo decidido como crítico a la valoración de la "nueva" y de la "novísima" literatura, es decir su atención siempre puesta en la aparición de nuevas obras y escritores, nunca lo alejó del estudio de la literatura del pasado. Prueba de ello son sus estudios sobre la poesía gauchesca (*Los gauchipolíticos rioplatenses*, por ejemplo, que reúne antiguos ensayos), o sobre el modernismo como período que implantó la contemporaneidad en nuestra literatura. Pero el abrazo intelectual tenía que ir más atrás: de ahí que Rama estuviese trabajando con enorme probidad en la literatura novohispana, y que al mismo tiempo preparara penetrantes revisiones de la nueva narrativa. Sabía que el presente y el pasado se dan simultáneamente en América Latina.

Decir que Angel Rama fue un sociólogo de la literatura resulta una reducción al par que una falsedad. Acaso las categorías heredadas de la crítica europea y norteamericana no se avienen exactamente ni a nuestra época ni a las condiciones de nuestro trabajo intelectual, pese a que no podamos negar el valor de esa herencia ni su aporte intelectual. Precisamente esta era una de las líneas de investigación de Rama: determinar la pertinencia de metodologías recibidas, en el estudio de nuestros fenóme-

nos literarios y artísticos, pero propio de nuestro peculiar modo de producción intelectual, para cumplir esa investigación había que valerse de las propias metodologías existentes probándolas, revisándolas, apelando a ellas de manera pragmática y lúcida. No es de extrañar, entonces, que como estudioso de amplio registro, Rama fuera dúctil en el manejo de sus herramientas metodológicas y en el procesamiento teórico; como tampoco es de extrañarse que continuamente revisara los fundamentos de una y de otra, de la teoría y de la metodología, empleándolas cuando era menester. La vinculación literatura-sociedad no es patrimonio exclusivo de una sociología atenta a los "contenidos" manifiestos de la obra de arte; al contrario, esa vinculación ha de encontrarse en todo momento y en todos los estratos de la obra, básicamente en el lingüístico. De ahí que sus estudios sobre el modernismo utilizaran el rico material testimonial e histórico (diarios, cartas, documentos) sin olvidar el análisis estricto de la forma poética, o que uno de sus trabajos recientes (1980) fuera precisamente una "Indagación de la ideología en la poesía" haciendo uso de sus conocimientos de métrica, ritmo, fonética en la estructuras de la poesía. No se llame a esta múltiple facultad eclecticismo porque el eclecticismo es precisamente una indiferencia metodológica, y en cambio todas las diferentes modulaciones que encontraba Rama en el material crítico llevaban siempre a un mismo fin, tenían un preciso objetivo. Esto podría definirse, en cambio, como el rigor en la búsqueda de nuevos acercamientos, de nuevas posibilidades metodológicas acordes con una nueva literatura.

Es condición de nuestro trabajo crítico, como lo hacía Rama, revisar sistemáticamente los postulados, y removerlos si fuese necesario. De ahí que la lectura de su último libro, *Literatura y clase social* (1984), que él no llegó a ver impreso, confirme la existencia de ese tema constante que planea por sobre todos sus ensayos, en particular los de su última década y media de producción: me refiero, concretamente, a una suerte de investigación de los modos y condiciones de producción literaria, que los historiadores ingenuamente oscurecen bajo la visión del flujo continuo de una tradición. Rama intentó encontrar los diferentes movimientos de la producción literaria latinoamericana revisando las "rupturas" en esa tradición. De ahí que señalara, al inicio de su libro:

Se puede construir el discurso crítico de una determinada literatura, en este caso el de la latinoamericana, atendiendo al "proceso", o a las "grandes corrientes", o, simplemente, a la "historia", como han hecho algunos maestros de la crítica. Pero también se lo puede construir mediante las "rupturas", siempre y cuando no se las vea como fenómenos inmanentes de la invención estética moderna, tal como las ha visualizado Paz en la descendencia vanguardista, sino como el registro de una fractura producida en un cuerpo cultural que, por serlo, es una estructura coherente. La corroboración de tal fractura se encontrará por el cotejo

entre la serie literaria (específica y autónoma) y las restantes series culturales: tanto las intelectuales que utilizan el idioma (filosofía, historiografía, jurisprudencia, política doctrinal, periodismo, etcétera) como las artísticas (pintura, música, teatro, etcétera) o las plurales que componen el repertorio de cualquier cultura (costumbres, relaciones sociales, hábitos alimenticios, creencias religiosas, comportamientos morales, políticos, etcétera)".

Este desbrozamiento teórico es imprescindible si se intentan comprender los alcances y formas del proyecto crítico cultural de Rama, y es nítido como sólo podría serlo en una mente sistemática que no se arredra ante las dificultades de su materia. No resultan, por momentos, tan nítidos sus mismos estudios, y un libro como *Transculturación narrativa de América Latina* es forzosamente complejo, de difícil lectura, ya que la propia empresa encuentra con frecuencia grandes escollos. Esa dificultad que a veces tienen las páginas de Rama me recuerdan a Walter Benjamin quien, estoy seguro, fue uno de sus altos modelos a partir de la escritura de *Ruben Darío y el Modernismo*. Una cosa es manejar herramientas probadas y seguir el trillo de análisis tradicionales (estilísticos, sociológicos, etc.), otra muy diferente es innovar tanto los recursos como la perspectiva de análisis. Rama perteneció siempre a esta segunda línea de trabajo pese a que fuese más laboriosa y complicada. Como Benjamin, sin embargo, lo que he llamado momentánea complejidad tiene el premio de las súbitas iluminaciones, esos hallazgos portentosos que sólo el pensamiento riguroso y aventurado puede lograr en las más difíciles condiciones.

Junto a esos momentos del análisis complejo, hay todo un discurso crítico fascinante por la elocuencia, la rapidez y pertinencia del pensamiento y el ejercicio de la palabra. Lo encuentro en particular allí donde el mordiente de la polémica extrae del intelectual los mejores recursos de convicción. Sea cuando encuentra un nuevo modo de "leer" el Modernismo una vez que parecía todo dicho, sea cuando encuentra nuevos géneros (el testimonio en la literatura argentina), sea cuando discute las vicisitudes del escritor en la Revolución, sea cuando hay que reflexionar sobre la "riesgosa navegación del escritor exiliado". Creo que muy en el fondo de la formación intelectual de Rama había la tradición de los grandes oradores, de la *eloquentia* que se goza en sí misma y en su incisivo ademán de pugna. Como crítico literario, Rama participó en la querrela de los "antiguos" y "modernos" con una acérrima defensa de los últimos sin olvidar los valores del pasado. Propugnador de lo nuevo, de lo naciente, de lo azoroso, era un propugnador del futuro; podría utilizarse para caracterizárselo el epíteto con que nombró a Cortázar en uno de sus ensayos: "constructor del futuro". En ese sentido, cuando se lea seriamente su obra, cuando se revisen sus aportes a nuestra cultura y a nuestra visión de la cultura, podrá advertirse y valorarse esa fuerza como una originalidad superior de su trabajo.

José Emilio Pacheco destaca, entre otros, estos dos rasgos de Rama en un artículo reciente: "En clase fue el profesor más brillante y lúcido que recuerdan todos los que tuvieron ocasión de escucharlo. Como cronista y crítico literario fue de quienes hicieron del uruguayo el mejor periodismo de su momento en lengua española". Y Alvaro Barros-Lemez, fiel discípulo siempre, avala los dos rasgos al señalar, por un lado, que "Rama, como los 'publicistas' del siglo XIX, era un hombre de prensa. Diarios y revistas fueron su vehículo principal de comunicación masiva" y por otro, al poner el énfasis en el hecho de que fuese, "por sobre todas las cosas, un maestro". Ante el hecho brutal e inevitable de su muerte, quienes escribimos sobre Angel Rama sentimos la necesidad de dejar constancia de sus rasgos extraordinarios, y el haberlo conocido en clase nos obliga a recordar la brillantez, la elocuencia, su velocidad y amplitud de pensamiento y erudición, todo eso que la persona se llevó consigo. Creo que fue esa conjunción de elementos, encanto personal, absoluta brillantez expositiva, poderosa presencia como catalizador de movimientos culturales, conocimiento profundo de múltiples materias, agudeza interpretativa, vitalidad, empuje y pasión por la literatura (elementos que a su vez él admiraba en escritores como Carlos Fuentes) los que hicieron de la suya una figura impar, inmensamente respetada en los lugares por los que transitara. Sin embargo, nada de esto le ahorró, en los dos últimos años de su vida, lo que Benedetti calificó bien como la "desigual batalla" librada contra la administración Reagan, combate que lo hizo célebre por el apoyo de innumerables universidades y escritores, por el periodismo norteamericano (ante todo el *Washington Post*) y que incluso movilizó a presidentes (Belisario Betancur frente a Ronald Reagan). La virtual expulsión de los Estados Unidos bajo cargos secretos que Inmigración ni siquiera se atrevió a clarificar, la defensa combativa de su propio caso que tan significativamente narró en un artículo titulado "212 (d) (3) (A) (28): CATCH 28", fue su último combate. Había encontrado en París un nuevo ámbito para el trabajo intelectual y se aprestaba a comenzar cursos en la Ecole Practique de Hautes Etudes, y a culminar su libro sobre *La ciudad letrada* cuando la muerte interrumpió su fecunda carrera de crítico de fondo, uno de los mayores que ha dado nuestra cultura.

(Fuentes: los libros más importantes de Rama son *La generación crítica*, Montevideo, 1972; *Ruben Darío y el Modernismo*, Caracas, 1970; *Los gauchipolíticos rioplatenses*, Buenos Aires, 1976 y 1982; *Los dictadores latinoamericanos*, México, 1976; *Transculturación narrativa en América*

*Latina*, 1982; *La novela latinoamericana. Panoramas 1920-1980*. Bogotá, 1982; *Literatura y clase social*, México, 1984. Carlos Real de Azúa: *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*, tomo II, Montevideo, 1964; José Emilio Pacheco: "La generación crítica", *Proceso* 374, 2 de enero de 1984; Alvaro Barros-Lemez: "Bibliografía sumaria. Angel Rama 1926-1983", Maryland, 1984; Mario Benedetti: "Rama y la arriesgada navegación", México, *Uno más uno*, 1984; Jacques Leenhardt: "La tarea crítica en América Latina", *Cuadernos de Marcha* 25, enero/febrero 1984; Angel Rama: "La lección intelectual de *Marcha*", *Cuadernos de Marcha* 19, mayo-junio de 1982; "212 (d) (3) (A) (28): CATCH 28", *Quimera* 26, diciembre 1982).

## ANEXO

En diferentes oportunidades escribí sobre libros de Rama. Recojo aquí dos notas diferentes, la primera publicada en *Marcha* (14-VII-72), a raíz de su libro *La generación crítica*, la segunda, aparecida en México en 1984 sobre su libro póstumo *La ciudad letrada*.

## LA GENERACION CRITICA

Ya es un lugar común la afirmación de que todo tiempo presente resulta polémico, y toda opinión sobre el mismo viva e inagotable fuente de controversia. En este presente —pues no se habla sino de las tres últimas décadas intelectuales uruguayas— viene a insertarse el último libro de Angel Rama, *La generación crítica 1939-1969* (Montevideo, Arca, 1972), luego de un fundamental estudio de sociología literaria, publicado por la Universidad Central de Venezuela: Rubén Darío y el modernismo (1970). En *La generación crítica*, cinco ensayos panorámicos a completarse con un segundo volumen de trabajos monográficos sobre los mismos autores de la época, Rama utiliza varias perspectivas simultáneas: una es la del testigo que ha vivido desde dentro de la dinámica del período gracias a sus múltiples facetas personales (dramaturgo, crítico de teatro y de literatura, cuentista, ensayista de arte, conocedor profundo de la literatura latinoamericana profesor secundario y universitario, editor) desplegando una

importante y proficua labor orientadora y formativa en nuestro medio que este libro, por ser suyo, forzosamente no ha de valorar en su necesaria medida. Y la de crítico e historiador, finalmente, porque en diversos momentos de su actividad crítica Rama ha sentido la necesidad de mirar atrás y reinterpretar los tramos recorridos de acuerdo con un bagaje cultural moderno adquirido en esos lapsos, en su caso, con un énfasis especial puesto sobre el enfoque sociológico que tendió, como se dice en este libro, a reinsertar “la literatura dentro de la estructura general de la cultura”. Esta es la tarea emprendida desde hace ya varios años y *La generación crítica* constituye ahora el fruto inequívocamente maduro.

La literatura, para Rama, tiene un signo positivo: es a la vez una actividad y una expresión humanas, y por eso le permite al investigador rastrear en ella las preocupaciones de su momento histórico, ya sea por el modo de estructurar los valores y las vivencias como por su capacidad de reflejar el mundo. Es por eso que, al interpretar el pasado cercano resulta posible advertir algo más que el simple desarrollo de las formas o los cambios temáticos: se palpa la vida misma de una sociedad, se encuentran claves y signos de sus vicisitudes, y así la historia cumple con su función de iluminar el presente. Esto no es una adhesión acrítica a la noción lukasiana del reflejo, puesto que en Rama obedece asimismo a antecedentes americanos como el referido en este significativo fragmento: “Sin duda habrá muchos modos de despejar la interrogante; sociólogos, economistas, políticos, la responderán con números y fechas. Pero también podemos venir en ayuda del demandante aquéllos para quienes el mundo del arte y la literatura establecen la obligada intermediación con lo real, porque pensamos, con Martí, que cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos con más verdad que por sus cronicones y sus décadas”.

La tesis central y recurrente de *La generación crítica* está marcada desde el comienzo por el título: para Rama, el común denominador que ha caracterizado la vida cultural y creadora de los últimos treinta años es la “conciencia crítica”, que no hay que confundir, claro está, con la profesión y actividad de algunos integrantes ni con el famoso “hipercriticismo” que signó su aparición en los primeros tiempos. Alude más bien al proceso por el cual se acompañó intelectualmente la “curva de descomposición del liberalismo, producida justamente en el país que había llevado a su ilusoria perfección una economía y una sociedad liberal que patrocinó Inglaterra y culturizó Francia”. La participación cuestionadora, lúcida y crítica de los intelectuales en este proceso que hoy toca a su fin, los convirtió conjuntamente en “los sepultureros ideológicos del ré-

gimen liberal uruguayo". Pero, incluso, si la curva completa del proceso llevó precisamente tres décadas en estallar y caer, Rama advierte en él la presencia de dos movimientos sucesivos dentro de una misma "generación crítica": es decir una primera promoción surgida en el bienio 1938-1940 y otra aparecida hacia el año 1955, clausurándose ambas en 1969 —fecha elegida significativamente por la "toma de Pando"— y el advenimiento de la "generación de la acción" que en la literatura y las artes correspondería a nuevos contingentes y nuevas formas de expresión, aún no asentadas, explorándose todavía.

La proposición de un ordenamiento generacional, mucho más rica, arborescente y compleja que lo expresado en este brevísimo esquema, viene a oficiar de revulsivo frente a ciertos conceptos que han hecho fortuna en todos estos años y ante los cuales Rama siempre sostuvo firme rechazo, que ahora fundamenta de manera más completa y convincente. Una de las correcciones ópticas propuestas se refiere a la denominación "del 45", etiqueta puesta a la promoción de los "mayores" para diferenciarlos de las generaciones anteriores —vagamente llamadas "del 900", "del Centenario", etcétera— así como de los "Nuevos". Mucho más cuidadoso y fino en el manejo de los datos históricos, en la corroboración por disciplinas y testimonios paralelos al literario, y en el instrumental provisto por la teoría de las generaciones, Rama ve emerger una única generación hacia 1938-40 (la que comenzó oponiendo al "intento de celebración", "el análisis desintegrador" en la visión estética) continuada con una segunda promoción que adviene sin afán de rupturas, gestos parricidas o abjuración de doctrinas, en ese mismo año de 1955 que los informes de la CIDE señalan como la "iniciación del deterioro económico nacional".

Creo que es en la visión de todo ese primer período donde *La generación crítica* se define como un espléndido ensayo interpretativo y donde el autor tiene mayor ocasiones de manejar criterios valorativos seguros con el sello de los problemas estéticos e históricos vividos en su propia pulpa conflictual. Uno de esos aspectos en que el libro adquiere especial brío se relaciona con el reconocimiento de los diferentes timbres de voz —internacionalistas y nacionalistas— que caracterizaron a uno y luego al otro período, y se hace particularmente valioso (y polémico) al juzgar la necesidad y la oportunidad históricas de cada una de estas tendencias así como el valor y el peso que tuvieron en su momento. Refiriéndose al "internacionalismo" de los primeros años, Rama señala: "Más de una vez los padres de esta generación (la crítica) reprocharon a sus hijos preocuparse más de lo que ocurría en Pequín o Londres que de lo que sucede en Pando o simplemente en los barrios suburbanos de Montevideo. Pero la

verdad fue que así se constituyó el sistema de información y conocimiento de la época, y no sólo en este lugar remoto del planeta, sino en algunos más prestigiosos culturalmente". El lado oscuro era el "verbalismo enajenante de buena parte del internacionalismo", pero también el nacionalismo a ultranza generado alrededor de la revista "Asir". Si el primero estaba justificado históricamente, el segundo encarnó "un nacionalismo ineficaz en el campo de las letras y del pensamiento", limitado su equipo como estaba "por la falta de modernización instrumental de sus miembros, que los dejó librados a una nutrición intelectual arcaica, conservadora, propicia a un (inefabilismo) confuso y a la vez útil a los poderosos de la tierra". Este juicio duro e implacable sobre un grupo significativo de sus coetáneos repropone la polémica generacional (como lo hizo también, significativamente, Martínez Moreno, en *Montevideo en la literatura y el arte*, agosto 1971).

Decía que este enfoque es polémico y no sólo porque recuerda una querrela en la medida en que el historiador es un testigo, sino porque puede asimismo interpretarse —y yo diría que forzosamente en algún grado, lo es— como una vindicación generacional ante la historia, cuando por otra parte ese internacionalismo fue más de una vez definido como extranjerizante y nefelibata. Es muy cierto que Rama refiere en su libro dónde estaba el grueso extravío —así por ejemplo en la aceptación del influjo de la revista argentina "Sur" y su espíritu—. Pero también atribuye a ese primer período o primera promoción, como "conquistas intelectuales", las fecundas transformaciones que trajeron aparejadas los años. Esto mismo, por el contrario, para la segunda promoción (del 55) se ha transformado en mero "transfondo ideológico", de modo que esos nuevos escritores vienen simplemente a cumplir un papel de aceptación pasiva, de confirmación y perfeccionamiento de lo dado. "La operación central de esta segunda promoción consistirá en asumir, ampliar y perfeccionar el enfoque crítico ya establecido, aceptando sus premisas fundamentales pero modificando sus fórmulas operativas", dice. Yo creo en cambio que esta segunda promoción desempeñó papel más preponderante que el señalado, así fuera por su sola presencia catalizadora pues también es cierto que no contó en su comienzo con portavoces de vigoroso talento (recuerdo que para Cotelo, en la encuesta del 63, muy citada en este libro, el signo de la nueva promoción era "la muerte del joven brillante") ni con vehículos de expresión cultural de fácil acceso para ellos. Pero estos escritores nuevos, con su más rápida sensibilidad para reaccionar ante los fenómenos políticos (la Revolución Cubana antes que ningún otro) fueron un decisivo tornasol que obligó al cambio. Rama reconoce como algunos "mayores" de la generación crítica modificaron

sus preocupaciones y temática ante la “demanda” de la juventud: lo que habría que agregar es que la transformación ideológica de la mayoría fue mucho más lenta y dubitativa y que se completó cuando los jóvenes ya la habían hecho, como conquistas intelectuales (aunque no de ellos exclusivamente), estableciendo el correspondiente trasfondo ideológico (recuperación nacionalista y latinoamericana).

Este es sólo uno de los puntos polémicos y vivos del libro y no agota, por supuesto ni mínimamente su alcance y su proyección. Otro aspecto importante —y muy actual— es el que tiene que ver con las siempre problemáticas relaciones entre la literatura y la política, con la mala conciencia del intelectual volcada a edificar sustitutos proyectivos de la acción. Rama analiza el fenómeno a principios de la década del cuarenta, cuando ya mucho realismo socialista ha pasado bajo los puentes y no se concibe otra formulación estética que el lato “compromiso”. Y así encuentra en insospechados poetas militantes como Alberti (*Entre el clavel y la espada*) la “fatiga” y el desgaste que ciertos periodos convulsionados operan sobre la vitalidad artística. A este hecho habría que relacionar el no menos curioso de que la novísima generación del 69 se haya propuesto, como “acción” misma, una empresa altamente imaginativa superando desde el comienzo el clisé de la obligatoriedad del “realismo”.

En el capítulo que cierra el libro, “El estremecimiento nuevo en la narrativa uruguaya”, Rama no explota estas relaciones si bien analiza los principales autores y libros del período. El ensayo es incompleto como visión panorámica y generacional, no sólo en cuanto deja fuera a los poetas sino porque la investigación se lleva a cabo en una superestructura —las obras mismas— sin tomar apoyo en un necesario y vasto material constituido por opiniones, encuestas, ensayos, enfoques críticos, polémicas, y hasta por las dos revistas (*Prólogo* y *Brecha*, no mencionadas en el libro) que reunieron experimentalmente a los exponentes de la promoción del 55 con los novísimos escritores. Pero incluso por esto mismo, por la suerte de puntos suspensivos con que deja abierta la interrogante actual luego de juzgar realizado el ciclo de la “generación crítica”, hay que considerarlo un trabajo fermental, dispuesto a la tan demorada discusión entre nosotros. Del mismo modo que *El proceso intelectual del Uruguay* de Zum Felde es un libro de consulta inevitable para la visión del trayecto uruguayo precisamente hasta los comienzos de la “generación crítica” creo que el de Rama está destinado a constituirse en el material clave, más importante e imprescindible para cualquier discusión, reflexión o análisis sobre estas últimas décadas de nuestra cultura.

## LA CIUDAD LETRADA

Una nota dominante y valiosa en el trabajo crítico de Angel Rama es la lucidez con que determinó las particularidades del modo de producción intelectual en América Latina. El mismo fue un epítome robusto de esa advertencia dado que acostumbraba dispersarse en las múltiples actividades propias de un intelectual latinoamericano: clases en la enseñanza media y superior, periodismo cultural, edición de libros, conferencias, participación en congresos internacionales, artículos de diversa índole para el periodismo y la Universidad, y una nutrida vida cultural de lecturas, teatro, cine, música, artes plásticas. Al mismo tiempo, y no en último lugar, la actividad política. Esto, esquemáticamente, podría caracterizar al intelectual orgánico del continente latinoamericano, a diferencia de otros rasgos, a menudo opuestos (academicismo, especialización, apoliticismo, etc.) de escritores e intelectuales de Estados Unidos y de Europa.

Nunca será excesiva la insistencia en estos elementos, cuyos orígenes económicos (necesidad de multiplicar los escuálidos ingresos de la enseñanza o el periodismo) y políticos (vivir en naciones en formación y atribuladas por la dependencia y el ansia de autonomía) llegan también a verse superados y a conformar un verdadero carácter latinoamericano. Porque incluso cuando desde el punto de vista de la subsistencia personal Rama había dejado atrás la precariedad de la vida uruguaya, y vivía en Caracas dirigiendo un proyecto gubernamental (la Fundación Biblioteca Ayacucho) en Washington becado por el Wilson Center o enseñando en la Universidad de Maryland y ocupando sus mejores horas en la Biblioteca del Congreso, aún entonces su conocida actividad febril, esa cualidad de estar en todo a la vez, de juntar las lecturas múltiples y variadas con la frecuentación de los mejores museos de arte ubicados en el corazón del imperio, todo eso ya era necesidad personal, rasgos de una personalidad que reproducía, lejos del ámbito inicial y de las condiciones que la habían provocado o modelado, las características tan inteligentemente detectadas en el sector de los intelectuales. Creo que ese fenómeno se explica no tanto por la teoría de los actos reflejos o por la conversión de la necesidad en neurosis, sino porque la latinoamericanidad, definida como un modo histórico del ser, se mantiene más allá de su origen. Sea como factor de cohesión psicológica o por ausencia de flexibilidad para adecuarse a nuevas condiciones culturales y diferentes cánones, lo cierto es que subsiste más allá de las fronteras nacionales, no importa cuán lejos ellas estén. Cuando se haga algún día la historia del exilio uruguayo (y, en general, americano), este fenómeno habrá de verse en primerísima instancia.

El período del exilio comenzó tempranamente para Angel Rama. Como preámbulo, una nutrida serie de viajes al exterior (a Cuba principalmente) que le impulsaron aún más a concebir una literatura latinoamericana, a cohesionar lo que estaba disperso, a superar con la elaboración reflexiva la balcanización geopolítica de América Latina. Ese conocimiento directo de muchos países (Brasil, Puerto Rico, México, Colombia, Chile, Argentina, Perú, Venezuela, etc.) hizo pasar inmediatamente a segundo lugar su formación francesa y le permitió esbozar una serie de hipótesis sobre las culturas latinoamericanas y la regionalización atenta a sus diferencias. Rama logró lo que pocos críticos han alcanzado: una visión personal y coherente del conjunto de nuestra literatura, esa visión que pudo llegar en los últimos años, entre otros frutos, a madurar en dos trabajos notables: "El Boom en perspectiva", donde analiza como nadie este fenómeno peculiar de nuestra historia literaria, y *Novísimos narradores hispanoamericanos en Marcha*, que es un perspicaz estudio panorámico, así como una antología, de las últimas décadas literarias. Desde 1973, como le sucedió a muchos otros escritores, el exilio se transformó en político, y Rama ya no pudo regresar a su país. Murió a fines de 1983, en España, víctima de un accidente de aviación.

No es por azar y menos por frivolidad que Rama haya decidido preceder su último libro (póstumo) *La ciudad letrada* (Hanover, Ediciones del Norte, 1984) por una crónica de las vicisitudes vividas a raíz de su expulsión de Estados Unidos basada en el Acta McCarran-Walter. Como es ya conocido, cuando se le negó la residencia en Estados Unidos y se decidió su salida del país, Rama inició una contraofensiva legal, tal vez sabiendo que la "desigual" lucha contra Ronald Reagan (Benedetti dixit) estaba perdida de antemano, o acaso como un último acto de confianza en la democracia liberal que tantos triunfos parciales ha tenido en la historia de Estados Unidos. Rama no podía ganar aquella batalla pues aunque fuese asistida por el mejor periodismo norteamericano (desde *The Sun* de Baltimore hasta *The Washington Post*) y por hábiles abogados, era en definitiva la lucha de un latinoamericano contra el sistema anglosajón, contra el Imperio, contra una estructura burocrática que jamás hubiera soñado Franz Kafka. Rama ya ha contado con detalle e ironía toda esta historia en uno de sus brillantes artículos y no es del caso reproducirla aquí, pero quiero destacar que el propio autor señala en las primeras páginas de *La ciudad letrada*, las vicisitudes por las que atravesó la propia escritura de su libro. "Mi trabajo (...) avanzó entre las angustias de la negativa de visado por el *Immigration and Naturalization Service* (Baltimore) que me obligaba a abandonar mi tarea docente en la University of Maryland, y la campaña denigratoria que organizaron quienes dis-

ponían de poderes para ello, acompañados de un pequeño y lamentable grupito de cubanos exiliados”. Ya habrá nueva oportunidad para reseñar las calumnias que Rama y otros intelectuales hispanoamericanos recibieron de escritores como Reinaldo Arenas; ahora lo que importa es destacar el episodio como un ejemplo inesperado y nuevo pero no diferente de aquellas condiciones del trabajo intelectual, las que en plena madurez creativa, cuando la de Rama era una personalidad respetada y admirada al máximo nivel de la academia norteamericana, aún tuvo que experimentar, vivir y padecer.

A causa de este doble episodio, dice Rama, “perdí un tiempo inmenso pero fui recompensado por la solidaridad de los colegas universitarios, de los escritores, de los estudiantes, tanto norteamericanos como latinos. Ellos me hicieron un inesperado regalo. Dejé de sentirme el accidental profesor extranjero que trabaja temporariamente en una Universidad. Descubrí, con gratitud, que para el exiliado que soy había también un hogar posible en los Estados Unidos donde rehacer la familia espiritual, ésa de los *peregrinos* de quienes habló Martí, describiéndolos como la más admirable tradición de libertad del país. Pues como dijo Geoffrey Stokes, en *The Village Voice*, ‘it is, of course, precisely the attractions of freedom which make Rama and those like him members of a *democratic left*’ ”.

De una izquierda democrática, o como se autodefinía Rama, *socialista*, inmersa en una larga tradición nacional y americana. En su artículo sobre el caso, “The Interrogation of Angel Rama”, el dramaturgo Arthur Miller señalaba con amargura el error de perspectiva de Rama en cuanto esperó demasiado de la democracia norteamericana: “como ampliamente lo prueba su interrogatorio, las convicciones democráticas son irrelevantes para el McCarran Act. La bienvenida norteamericana se reserva para anticomunistas entusiastas de la democracia, o de alguna forma de sociedad muy diferente de la democracia”.

En esta atmósfera intelectual enrarecida por la persecución política, entre un país de origen que le impedía el regreso, y la legendaria “democracia” norteamericana que le impedía la radicación, Rama escribió *La ciudad letrada*, que como él mismo dice, es “un ensayo que explora la letrada servidumbre del poder”.

*La ciudad letrada* podría tomarse, considerada ligeramente, como un ejemplo de sociología literaria “externa” ya que estudia la institución literaria y su relación con el poder, y al mismo tiempo el lugar de la escritura en el proceso de formación social y política de nuestro continente. De ahí que el libro sea la historia de una transformación por medio de la

cual los sectores pensantes y letrados fueron conformando (amoldándose o bien oponiéndose) la organización social y cultural que hoy vivimos después de varios siglos.

Partiendo de la Colonia, con el traslado y adecuación de la ciudad europea a la "nueva" Europa (o Nuevo Mundo) que era América, consideradas las diferencias específicas que el continente provocaba en la organización virreinal y después criolla, Rama avizora la formación urbana como la principal de nuestra cultura. Uno de los períodos más interesantes es el que inicia la "modernización" a partir de 1870; sobre él Rama abunda tejiendo su relato como con decisivas lanzaderas. Su análisis no se detiene sino hasta su mismo presente, 1980.

Rama distribuye su libro cronológicamente, por etapas y capítulos. "La ciudad ordenada" funda un concepto de apertura y conviene citar el párrafo inicial del libro pues en él están plasmadas prácticamente en síntesis las hipótesis luego desarrolladas: "Desde la remodelación de Tenochtitlan, luego de su destrucción por Hernán Cortés en 1521, hasta la inauguración en 1960 del más fabuloso sueño de urbe de que han sido capaces los americanos, la Brasilia de Lucio Costa y Oscar Niemeyer, la ciudad latinoamericana ha venido siendo básicamente un parto de la inteligencia, pues quedó inscrita en un ciclo de la cultura universal en que la ciudad pasó a ser el sueño de un orden y encontró en las tierras del Nuevo Continente, el único sitio propicio para encarnar". Definida la cultura latinoamericana como radicalmente urbana, pasa a observarse bajo la especie de la "Ciudad letrada" y hasta de la "Ciudad escrituraria" en la medida en que sus fundamentos y fundaciones producen un gran estamento legitimador (escribas, escribanos, notarios, legalizadores religiosos, luego laicos, finalmente los escritores *per se*). Estos letrados, de alguna manera origen de los sectores medios, plasmaron al comienzo de la corte virreinal, luego del criollismo independentista, los valores de la colonización y de la evangelización (transculturación, en términos de Rama) hasta generar los anticuerpos de la conciencia crítica y rebelde. En ese filo de la obediencia a su propia creación y la rebelión a lo que deviene obsoleto, se deslizan las relaciones entre los sectores letrados y el poder, otro de los aspectos y temas a que Rama concedió atención no sólo en esta última década sino prácticamente desde el comienzo de su actividad crítica.

*La ciudad letrada* es un libro lleno de sugestivas incitaciones, nuevas ideas, hipótesis inteligentes, resultado de una madurez y de una originalidad críticas fundamentadas en una amplia y rica bibliografía (en la que estimo que influyó Romero y su *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, 1976). Dadas las circunstancias de su escritura, cumplida no en el recinto

pacífico del investigador profesional sino mezclado a la lucha cotidiana del escritor latinoamericano, no tiene la perfección que a su propio autor y a sus lectores nos hubiera gustado. Pero sí es un representativo fruto de la mejor inteligencia latinoamericana, el epítome de un modo de producción intelectual que nos enriquece y ante todo nos identifica culturalmente.